



EL FRAUDE

Patricia Toledo M.

EL FRAUDE



Primera edición: julio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Patricia Toledo M.

ISBN: 979-13-88411-06-9

ISBN digital: 979-13-88411-07-6

Depósito legal: M-17718-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hija, Fernanda Isabela, gracias por tu amor,
por lo maravillosa que eres y por todas las sugerencias
que me hiciste mientras escribía este libro.*

*A mis sobrinas: Constanza Elizabeth,
tu amor y tu fuerza me maravillan, como siempre;
y Leonor Antonia, por tu sagaz alegría
y porque te gustan los libros.*

*Y también, por supuesto, a quienes debo todo:
Blanca y Patricio, mis padres.*

EPÍGRAFE

«La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Estos se conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño».

Del cuento *El inmortal*,
de JORGE LUIS BORGES

CAPÍTULO 1

EL ATENTADO

Recién había amanecido en la capital sur del reino, el sol se reflejaba con intensidad en la superficie de las calles y en el cristal del edificio urbano más alto del mundo, el rocío de la mañana humedecía los teleféricos suspendidos que conectaban las tres torres entre sí, esquivando el tráfico de los aeronautas, cada vez más concurrido desde que el reino dio paso a las nuevas tecnologías y los nuevos combustibles.

Daniela, que vivía en el *penthouse* de la torre central —la más alta—, despertó de súbito como si la halaran hacia arriba y por completo aterrorizada, pues, aunque no parecía posible, una bala cinética había pasado por la curvatura de su nariz, dejando un hueco en el sofá, y en la pared blindada del edificio más seguro del mundo, luego de haber casi rozado su rostro y de haber estado a punto de enviarla con Dios.

«Soy Daniela Ferrero Artés y necesito ayuda». Ni en el peor momento de su vida se hubiese soñado encriptando ese mensaje en la red, ni menos huyendo de su casa sola y sin destino, sin el capuchón verde ni las gafas o ningún otro tipo de protección avanzado, con terror de abrir su comunicador por saberlo interceptado por algún maldito bastardo, rogando porque la prensa la siguiera como siempre hacía, o que los paparazis a quienes había atacado con sus garras un par de veces y de quienes conocía sus nombres y apellidos, a sus hijos y amantes, aparecieran para visografiarla, y

de ese modo, y sin quererlo, salvarle la vida. Pero obviamente no lo harían. Esta vez no.

La mañana estaba reluciente, lo alcanzaba a disfrutar mientras huía, como si un morboso sentido del placer se hubiese instalado en sus sentidos, tal vez por estar viviendo sus últimos instantes, o por estar viviendo segundos que no eran para ella, que debió haber muerto hacía un par de minutos. Por lo tanto, desde allí todo era un obsequio.

Su paso apresurado entre los hologramas de publicidad que leían bien sus intereses, que discriminaban entre sus gustos y sus estados de ánimo. Claro, no existían comerciales de armas ni de defensa personal de la vida: el reino era seguro, confiable, y la ciudad, una capital impecable, avanzada y hermosa, con el nivel de vida más alto del globo y con la seguridad elevada al cien por ciento. De hecho, hacía 121 años que, de acuerdo al Registro Histórico, no había crímenes. ¡Y habían intentado matarla a ella! ¡A ella, que no tenía líos con nadie, que era una artista de un arte de raíz espiritual como el Silencio! No era lógico. Todo se agolpaba en su mente como una tropa de ideas galopantes, de pensamientos erráticos e intrusivos consumiéndola en la desazón de la huida sin destino.

Se detuvo un segundo. Una náusea profunda la paralizó; odiaba vomitar, y se quedó estática frente a un edificio. El holograma publicitario desapareció entre la luz y se vio a sí misma, nítida y clara, expuesta, su rostro tan conocido en los medios, tan manoseado, tantas presentaciones y tanto invento sobre su persona. Pensar que, antes de esos momentos iniciados cuando despertó, todo eso parecía un problema grave; ahora eran nostalgias de la que había sido su vida. Le dolía la sien izquierda, se rozó levemente con los dedos en el lugar donde estaría el agujero que habría hecho el dardo cinético. Sintió ganas de llorar, pero era pronto para eso. Debía dar paso a esa adrenalina ferozmente descargada que la hacía huir, y que, a esas alturas, era su única esperanza. El derrumbe del ánimo no era una posibilidad.

«Mis enemigos de seguro estarán yendo velozmente hacia mi casa a rematarme o a mirar mi cuerpo tendido sobre mi cama, ya

no buscándome a mí, por mí misma, porque hallarme en sentido estricto es una misión imposible desde hace siete minutos, desde los cuales, de acuerdo a la información compartida en la red mundial, estoy muerta». La recorrió un escalofrío, como un chorrito de agua congelada justo en medio de la espalda, y volvió a considerar que, de acuerdo a la información oficial de la red, había muerto hacía justo siete minutos gracias a una bala cinética que le atravesó la sien izquierda. Era curioso el dolor fantasma, porque justo donde debió haber cruzado el proyectil a través de su cráneo la punzada insistía, como si su cuerpo le recordara la herida que debió haberla mandado con Dios, mientras torpe y a ciegas corría por las veredas, totalmente expuesta huyendo de su sicario, tratando de imaginar desde qué edificio le apuntaba o si la estaba siguiendo, si ahora sentiría un láser o un puñal.

No podía dejar de sudar y, a pesar de que solía saber reaccionar en situaciones de estrés, las piernas le temblaban sin control, haciéndola correr como una ebria, de lado a lado. Reparó en que las veredas estaban impecablemente limpias, sin una mancha. Relucía el sol del amanecer en el prolijo polimerato —surgido de la purificación de los desechos plásticos— cuando le asaltó la idea de estar regando su sangre sobre ellas en estado de negación, con sus propios sesos en la mano, o de estar viviendo tendida en su cama sus últimos instantes, como si todo fuese un engaño de su mente intentando huir de su destino. Pero no, ese maldito hábito de pensar y considerar y reconsiderar las cosas no la abandonaba en ninguna situación, tal vez incluso llegaba a relajarla, pues se acostumbraba fácil a los malos hábitos.

Había sentido la ráfaga de viento de la bala sobre la curvatura de su nariz, había visto el orificio en el cojín del sofá blanco que eligió de algún lugar junto al golfo de Bengala, justo cuando se ponía el pantalón y huía sin pensar en abrigarse o cubrirse. Huir, solo huir. Encriptar el mensaje fue sencillo, pues sabía de memoria cómo hacerlo, dado que la empresa de seguridad que la protegía se lo había enseñado. Las megastrellas como ella y los altos líderes

del mundo contrataban esas empresas dando por sentado que —al menos en lo que al reino se refiere— jamás emplearían sus servicios, era solo una forma de ejercer cautela por tratarse de personas demasiado expuestas, y en este punto realmente se cuestionaba qué tan buena era dicha empresa si las balas le rozaban la cara. Al fin y al cabo, ahora solo era ella, huyendo en la calle con el pánico invadiéndola e intentando adivinar dónde la podría encontrar su salvador, el único ser humano que podía salvarla.

Parecía mentira que la noche anterior a aquella mañana con aire a pesadilla hubiese comenzado de un modo tan diferente, pues había sido un día de esos gloriosos. Había llenado el coliseo más grande del continente, y según comprendía, del mundo entero. ¡Lleno total! La conexión con el público había sido excepcional —pensaba—, tan dulce que le saldrían caries, le pareció incluso haber memorizado cada rostro que vio, y que aun en la huida, cubierta por el sudor frío del miedo, podría reconocerlos y pedirles auxilio.

Y eran acertadas aquellas sensaciones. Lo cierto es que, apenas puso un pie en el escenario, fue recibida con vítores de afecto y emoción. Recorrió la platea con una sonrisa espontánea. La gente la conocía bien: Danny no era una chica dulce, sino fuerte y explosiva; aun así, esa sonrisa había sido del todo real. Su rostro, tan hermoso, se iluminaba en los enormes ojos negros, delineados suavemente en dorado y orlados por pestañas naturales de color azabache; en la tez blanca, apenas tocada por un bronce natural; y en esos labios rojos que ocultaban una dentadura perfecta, rara vez expuesta, porque no era de las que sonríen todo el tiempo. Sin embargo, en ese instante preciso, fue natural, completa, exquisita, libre. Desplegada con espontaneidad, abarcó a todos, incluso a las galerías más alejadas, justo antes de comenzar. Pocos sabían que eso realmente la ayudaba a calmar los nervios, el sentirse más cercana con el público.

Cada momento de grandeza como aquel la llevaba instantáneamente a recordar el comienzo de su ánimo creativo. Sus primeros recuerdos, de hecho, eran de una sensación profunda de comodi-

dad y gratificación ante el Silencio, uno de esos sentimientos que le dan sentido a la vida y que, por lo mismo, no se pueden abandonar por mucho que se intente.

La introspección, meditación y todos los placeres espirituales a los que el Silencio puede conducir son parte de lo que es el mundo de hoy, de la cosmovisión, por lo que desde bebés se les guía a todos por tal camino, para una sociedad más consciente y limpia, más unificada con el espíritu y de chacras alineados. Pero el Silencio como arte no comenzó sino recién, hacía alrededor de 100 años, alrededor del 2300, con artistas como María Luisa Blanco y John Will García. Desde ellos, evolucionó rápidamente a un arte más completo y complejo para su reciente nacimiento.

Cuando su madre la llevó a la sala de juegos tenía cuatro años, y de inmediato le dijeron que poseía condiciones magníficas para el Silencio, por lo que su educación se fortaleció en esa área. Recordaba vagamente que ninguna de las dos se lo tomó en serio; sin embargo, con el tiempo, ambas comprendieron lo que los líderes vieron en ella, pues no podía negar que le hacía sentir bien que a los demás les agradara tanto aquello que a ella le gustaba hacer.

Allí fue donde conoció a sus primeros «amigos», con quienes no tenía nada en común, pero eso no era importante: todos le caían mal. Ni a los cuatro ni a los veinticinco años Danny fue una persona fácil con quien relacionarse; aun así, quien rompió todas sus barreras con una simpleza excepcional fue Francis, desde el día uno.

—Permiso, niña rara —dijo el pequeño regordete ricitos de oro sentándose a su lado con un pequeño robot de cara feliz.

—¡No te doy permiso! —se dio media vuelta y se cruzó de brazos, dándole la espalda. No obstante, al niño no pareció importarle su fastidio ante su presencia, pues fue como si no la hubiese siquiera escuchado. La miró con unos ojitos marrón miel que lo hacían parecer un querubín y sacó de su bolsillo unos caramelos llenos de pelusas. Eran sus favoritos.

—Cállate, estoy trabajando. Toma, te comparto dulces si te callas y me dejas trabajar en el robot que hace mis deberes. Se llama Percy.

Ella tomó una golosina y siguió en sus asuntos. El resto fluyó tan rápido que desde tratarla de «niña rara» a decirle «eres mi mejor amiga» no pasó mucho tiempo, y si bien ya de jóvenes no eran los amigos más asiduos en reunirse, siempre estaban pendientes el uno del otro, y ambos corrían y atravesaban el vasto reino si el otro necesitaba apoyo.

«No quiero confundir a nadie —solía esclarecer Danny—, yo realmente amo mi trabajo y mi vida; sin embargo, me produce verdadera repulsión la curiosidad morbosa que despierta mi imagen pública. O sea, a mí, no me interesa con quién duerme el vecino, la vizcondesa escandalosa, el vendedor de ropa o ni siquiera el mismísimo rey, y me enfurece realmente que, a pesar de haber construido una sociedad espiritual y correcta, estas costumbres tan siglo xx sigan vigentes cuatro siglos después». Sí, había investigado.

Lo cierto es que Danny siempre supo que su privacidad iba a ser el costo de su éxito, pero no estaba dispuesta a sacrificar su amada intimidad y reserva, por lo que más de una vez la defendió con garras y dientes, literalmente.

Otras veces con respuestas irónicas a las estúpidas preguntas que centenares de entrevistadores le habían hecho, y nunca tuvo miedo de hacerlo porque simplemente consideraba que no les correspondía humillarla o saber cuántas veces hacía pis al día, pues el 50 % de las preguntas que le hacían ni siquiera estaban relacionadas con su arte, sino que eran para entregar entretención a las personas, y ella no era una mascota para divertimento. Defendía la vida que le gustaba vivir de cualquier manera posible, y toda la energía que le robaba intentar preservarla, se la devolvía su arte. Nótese entonces esto, en este punto sensible del relato de sus «últimos días»: Danny amaba su vida con total devoción, la agradecía a diario, y tenía claridad, aun en el vértigo de la huida, de haberla salvado por un pelo y de querer defenderla como fuese. Instinto puro de preservación, a ello la había reducido su sicario, y quien lo había encomendado. «¡Una horrenda situación!», pensaba.

Las calles se veían nítidas cubiertas del rocío de un amanecer impoluto y fresco. La avenida comenzaba a despertar al ruido de

los aeronautas, pero con pausa, aún era temprano. Los árboles humedecidos desprendían las hojas que eran removidas de inmediato por los robots de limpieza. Sentía como si sus pasos fueran parte de esa danza dispersa de los madrugadores que deambulaban como almas en pena entre los hologramas de la calle. El aroma delicioso la invadía y se permitió disfrutarlo.

No tenía claridad de cuánto tiempo llevaba corriendo, pudieron ser 30 segundos o 30 minutos; sea como haya sido, el pánico estaba alterando sus percepciones y su esperanza pendía de un hilo. Un hilo muy fino. La diferencia entre seguir viva o pasar a ser un cadáver radicaba en que Francis hubiese descriptado el mensaje antes que nadie, antes que su sicario y su jefe o sus compañeros de crimen o incluso antes que la agencia de seguridad. Tenía todo apostado a Francis, le tenía toda su fe, y no solo porque era su amigo, o porque estaba corriendo desesperada con asesinos pisándole los talones, sino porque conocía sus capacidades. Él era la persona más brillante que ella había conocido. El niño querubín a los 4 años sabía más de tecnología que gran parte de la población, era y seguía siendo un total genio. Antes de aprender a hablar aprendió a usar tecnología de punta, y a medida que crecía, su talento también se hizo mayor, los principales avances en la industrialización postcontemporánea y nanorrobótica los había hecho solo, como un canje por el «perdonazo» por su pasado delictual.

Como si el universo le hubiese hecho un favor, al doblar la esquina su salvador estaba en una moto negra como un caballero en su corcel, y ya en menos de dos segundos estaba sentada detrás suyo, agarrando su cintura con su capuchón y gafas puestas, dirigiéndose al único lugar del mundo que se podía sentir relativamente seguro. Sin decirse nada, escapando como dos niños asustados, corrieron como tantas veces habían hecho, a un destino conocido. Se lo preguntó al oído: «¿Dónde vamos?». A lo que su amigo respondió tal como ella esperaba: «A mi guarida en casa de mi mamá».

CAPÍTULO 2

EL SILENCIO

Para muy pocos en el mundo habría resultado tan dura la obligación de ocultarse como lo fue para Daniela Ferrero; pero lo cierto es que ella, en un día ordinario, experimentaba como una tarea imposible entrar o salir de cualquier lugar a cara descubierta, pues probablemente moriría en el intento, con la manada de paparazis queriendo sacarle un pelo, un brazo, una uña, una imagen, una prenda de ropa o cualquier cosa que a esos desquiciados se les ocurriera considerar como «buen contenido».

Solía imaginar la portada de las revistas, con el titular en grande: «¡Nuestro periodista consiguió el brazo de Danny!». Podía sonar exagerado, pero lo cierto es que, sin ocultarse tras dobles, gafas y los famosos capuchones 320 k, le habría sido muy difícil movilizarse o, simplemente, existir.

El *show* anterior al balazo había sido un éxito, se despidió del público antes de hacer uno de sus trucos de magia favoritos para los paparazis, su clásico de clásicos: la presencia de su doble de turno en la rueda de prensa.

La prensa tardó dos minutos en reconocer que Maggi —blindada de pies a cabeza con capuchón y gafas— no era la estrella del Silencio, pues durante esos minutos ella usó 100 excusas para no quitarse el capuchón o las gafas: que tenía frío, que le dolían los ojos, que se veía fea. Pero dijera lo que dijera, la prensa era impaciente. A los dos minutos tuvo que ceder, y en menos de un

segundo ya todos los escáneres determinaron que la persona ahí parada no era Danny, pero ya no importaba, pues esos dos minutos bastaron para permitirle salir del coliseo en paz y perderse en la vida nocturna de la ciudad, mientras Maggi tuvo que ser escoltada por todo el equipo de seguridad a su alrededor, pues la prensa y sus reacciones sobredimensionadas nunca descartaban la posibilidad de dañar a alguien, y ahora les sobraban las ganas. ¡Sálvese quien no pueda pasar desapercibido!

De hecho, ese es el gran tema: pasar desapercibido. La alta tecnología que usa la prensa para reconocer a los famosos y visografiarlos hace difícil que las personas públicas lleven vidas normales; pero, claro, siempre es posible contar con un as bajo la manga —o varios, de hecho—, y uno de los más destacados era sir Miguel Biel, el diseñador de alta costura y orgullo del reino. Biel revolucionó la moda no solo con sus asombrosas ideas estéticas, sino además con la tecnología empleada en las prendas de su creación. Su última colección de capuchones causó sensación en todo el reino: el otoño había llegado, y sir Miguel traía consigo telas hermosas, nuevos colores y la posibilidad del anonimato.

Estos nuevos capuchones estaban tejidos en titanio, con aleación maravillosamente lograda en plomo liviano, lo que hacía que quien lo usara fuera irreconocible ante los escáneres comunes. Además de esa colección, Biel lanzó su línea de anteojos y gafas de sol con cristal blindado. Por supuesto, las policías mantenían su derecho reservado a escanear a cualquiera, pero no así la prensa. ¡Y por fin había una forma de esquivarla! ¡Una idea realmente fantástica! Capuchón y gafas, una gran combinación.

El 99,9 % de la población usa capuchones. Estos, unas túnicas largas y holgadas con amplios gorros y mangas largas, muy cómodos para usar sobre la ropa que las personas prefieran, y su objetivo principal es mantener la privacidad y anonimato de las gentes, sean estrellas de cine, miembros de la realeza o personas desconocidas.

Es sabido que, en los siglos pasados, la conducta humana era diferente: en la época anterior, era común que las personas com-

partieran sus vidas con los demás, cada detalle, problema, pena de amor o duda existencial era exhibida, y mientras más avanzaba la tecnología, más formas de exponerse hubo, hasta tal punto que las gentes llegaron a grabar y transmitir sus vidas a tiempo real, sin privacidad ni intimidad alguna. Actualmente ocurre justamente lo contrario, las gentes protegen con bríos lo que siglos atrás la mayoría quería perder; su anonimato y privacidad.

Pero así son las cosas, así es la historia, una época se opone a la siguiente, y así continúa.

Esa noche de llovizna y de suave bruma sobre el río, el paisaje se reflejaba en el agua con tal nitidez que no se sabía dónde era abajo, o dónde arriba, cuál era la realidad y cuál su reflejo. Las luces de los rascacielos tintineaban en el fondo de la superficie, prendiéndose, apagándose, como si obedecieran a un ritmo misterioso. La lluviecilla era fresca y parecía una caricia sobre la piel.

Como una persona más, Danny caminaba con el viento helado del paisaje sureño agitándole el capuchón verde de la colección otoñal de sir Miguel, el color icónico de esa temporada, por lo que la mayoría de las personas lo usaba, todos obedecían al uso de aquel color, no por obligación ni mandato real ni ninguna de esas cosas, sino por la meta de pasar inadvertido, y al lucir como el resto, el objetivo se cumple. Es gracioso, pues si un día se presentaba una colección en verde, todas las tiendas venden capuchones verdes, y al salir a la calle quedas en presencia de un océano verde de personas iguales a ti.

En ese océano verde estaba Danny, caminando con calma. Subió al café Luna de Plata, justo en el piso 370 del rascacielos Nubes. Después de sus presentaciones solía ir allá, ver las críticas de su *show* desde el comunicador central, tomar rico café mirando las nubes por la ventana y las luces de los edificios colándose entre ellas y, pues claro, pasar momentos de ocio.

Al llegar se dirigió directamente a su rincón preferido. Adoraba los mullidos asientos acolchados en terciopelo verde esmeralda y los botones del clásico estilo capitoné, le parecía un lugar antiquí-

simo, contradictoriamente suspendido entre las nubes, los teleféricos rodeaban las ventanas, y los aeronautas, vinculados al cinturón propulsor, solían mirar sin querer a las personas allí dentro envueltas en ese ambiente exquisito, que a Daniela le parecía cálido y arrullador. Pidió un café cargado para estar atenta a la crítica de su presentación. Ella, siendo honesta consigo misma, sentía que esa había sido una de las mejores presentaciones de su carrera. Con su equipo de asistentes habían planificado todo desde hacía casi un año, cada detalle había sido pensado con suma cautela, desde la puesta en escena y en especial los movimientos, por lo que tenía altas expectativas de las críticas que tanto le gustaba escuchar. Había un señor que le interesaba en específico, era un crítico de arte y espectáculos muy agudo y bien consolidado llamado Sebastián Sun, nunca se perdía ninguno de los *shows* de Danny y ella respetaba sus opiniones, pues consideraba sus críticas muy objetivas y honestas, además de ser notoriamente un buen conocedor del arte del Silencio.

Finalmente, el susodicho apareció en televisión, en la sección de noticias de espectáculos.

—Soy Susana León, buenas noches a todos los espectadores. Hoy me encuentro aquí con Sebastián Sun, uno de los más prestigiados críticos de espectáculos está aquí para compartir sus opiniones sobre el más reciente *show* de Daniela Ferrero, que acaba de finalizar. Sebastián, es un gusto tenerte aquí hoy —dijo mirándolo con cierto agrado en los ojos—, hoy todos estamos más ansiosos que nunca por escucharte, pues Danny en este momento es el tema más hablado en todas las plataformas de la red. Por favor, dínos, Sebastián, ¿qué opinas tú sobre su presentación?

—Creo que no es la primera vez que la señorita Daniela es el tema principal en plataformas —dijo con cierta ironía, recibiendo risas de la pelirroja presentadora. Aludiendo sutilmente a algo que nadie había olvidado: los arañazos a la prensa. Pero, enseguida, continuó con el profesionalismo que lo caracterizó siempre, refiriéndose al *show*—: Personalmente he estudiado sobre ella desde

hace años tanto por mi trabajo como por *bobby*, conozco sus precedentes, teorías del origen de este arte, distintos artistas y estilos con lujo de detalles, y Ferrero desde el inicio de su carrera llevó el Silencio de manera distinta a los otros grandes artistas que conocemos, ya sea que hablemos de los primeros exponentes del Silencio como arte o del resto de artistas en la actualidad que, por cierto, son muchos, y una vez más, la presentación de hace unas horas logró superar mis expectativas y las de todos. Me atrevería a decir que fue incluso arriesgada, pero exactamente ahí es donde radica su excelencia.

—No me cabe duda de ello, pero, Sebastián, al decir que la presentación de hoy fue arriesgada, ¿a qué te refieres específicamente, como gran experto en esta cautivadora forma de arte?

—Pues bien, el arte del Silencio a grandes rasgos consiste en lograr un momento de introspección total iniciado por movimientos físicos del artista que luego se comparte a los espectadores, por lo que usualmente los estímulos para lograr este estado no deben captar tanta atención ni ser muy llamativos. Se recomienda usar, por ejemplo, colores sobrios y claros, cierta moderada cantidad de luz, movimientos delicados, etcétera.

En el *show* de hoy, que duró una hora y media, Daniela entró con una malla colorida tornasol muy brillante, la que, dependiendo de la intensidad de la luz, como también de sus movimientos, cambiaba de color a nuestra vista, y realizó, si no me equivoco, 60 distintas posturas corporales de transiciones casi imperceptibles. Sus movimientos fueron tan suaves, lentos y delicados que nadie pudo percibir cabalmente que se movió y desplazó realmente, aun cuando cambió de posición 60 veces y recorrió el escenario completo. Con ambos estímulos ya mencionados, es realmente fácil salir del estado de introspección, pero Daniela logró combinar una puesta en escena atrevida con el significado simple del arte del Silencio y sus pilares, pues todos lo vimos, todo el estadio al verla vitoreaba de emoción y, a medida que comenzó su *show*, el Silencio fue total en el lugar. Fue como si el Silencio de los miles

de fanáticos y el de Danny se hubiesen fusionado profundamente, como si no pudiese haber más Silencio en el mundo entero, es ese Silencio que te mira por dentro y te arroba. Efectivamente, Daniela Ferrero se ha superado una vez más.

—Fue magnífico, ¡se me ponen los pelos de punta con tan solo recordarlo! —Ambos rieron levemente—. Sebastián, muchas gracias por estar aquí hoy, tu presencia es siempre bienvenida.

¡Bien! Eso sonaba realmente bien —pensó Danny—, y recién en ese momento pudo sentir que el *show* se daba por finalizado, pues oficialmente se había convertido en el recuerdo de una presentación legendaria. «Objetivo cumplido», pensó complacida empuñándose el último sorbo de café deliciosamente perfumado de avellanas.